

HUGO HIRIART

Diario infinitesimal

BLANCO Y NEGRO

110

I. BLANCO

Erasmus censura a quienes, cosa lo más común en su época, intercalan en su discurso citas en otros idiomas:

Se tienen por unos dioses en cuanto, como las sanguijuelas, lucen dos lenguas, y creen ejecutar una acción preclara al intercalar en sus discursos latinos, a modo de mosaico, algunas palabritas griegas, aunque no vengan a cuento (*Elogio de la locura*, IV).

Don Quijote hace burlas de los letrados latinos y del gran Sancho Panza en este regocijado pasaje de una carta que el caballero andante envía a su escudero cuando ya ha sido exaltado a gobernador:

Tengo de cumplir antes con mi profesión que con mi gusto, conforme a lo que suele decirse: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Dígame este latín porque me doy a entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido.

El adagio latino, *Amigo de Platón, pero más amigo de la verdad*, no solo es antiguo y célebre, atribuido a Aristóteles, nada menos, sino entraña un problema moral porque sumamos multitud quienes estimamos que es mayor el cariño y reverencia que nos une a un amigo de carne y hueso que el impulso que nos arroja hacia una entidad abstracta tan evasiva e inasible como la verdad. Sin embargo se entiende qué quiere decir, porque sin cierto vuelo hacia la verdad no se podría tampoco ser amigo de Platón.

Pero, como sea, es claro que Sancho Panza no adquirió, de milagro, al subir a gobernador, el latín, ni falta que le hacía; si hubiera precisado de él, lo habría dominado, como presto y aun prestísimo se manejan en inglés nuestros migrantes, pese a que no pocos de los cuales no saben, igual que Sancho Panza, leer ni escribir.

Prodigio de amistad es la del Quijote y Sancho, y con razón se asombra el caballero:

En cuantos libros de caballería he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y es verdad que lo tengo por gran falta, tuya y mía: tuya que me estimas en poco; mía que no me dejo estimar en más.

Estas últimas palabras pasan por una de las caídas o yerros de redacción en que incurrió Cervantes. Rodríguez Marín en sus preciosas notas a la novela asienta que “mejor y más propio sería: en que no me hago estimar en más”. Ciertamente no es lo mismo “hago estimar” que “dejo estimar”. A mí, el último giro me parece mejor, más expresivo y hasta más correcto, y que los que caen en puntilliosidad ratonil, otra vez, son los críticos.

No es lo mismo nahua, del náhuatl *nabua*, literalmente “sonoros”, habitualmente “grupo de pueblos del centro y sur de México, incluido entre ellos el azteca”, que nagua, nagueas o enaguas, palabra que viene del taíno (lenguaje hablado en el alto Orinoco y las Antillas), “falda de algodón”. Lope de Vega, en la *Gatomaquia*, usa voces latinas, y habla de las nagueas:

que lo que en las mujeres son las nagueas
de raso, de tela o chamelote de aguas,
es en las gatas la flexible cola,
que *ad libitum* se enrosca o se enarbola...

II. NEGRO

El néctar negro de los sueños blancos.
Baudelaire

Un expreso cortado, *please*. La frase se oye ahora por todas partes de Estados Unidos. Desde hace relativamente poco es uno de los más marcados cambios en cultura gastronómica en el país. Hace unos quince años casi no se oía. La gente tomaba, y en grandes cantidades, el llamado con justicia “café americano”, en tazas grandes, aguado.

No tener cultura de café quiere decir no ser exigente en la apreciación del expreso que uno toma; que le dé igual uno que otro; que, en una palabra, no sepa apreciar. El conocedor, como en los toros o en el teatro o en el restaurante francés, es criticón, difícil de complacer plenamente.

Exigentes son los italianos. Interrogado Ennio Ranaboldo, director de Lavazza en Estados Unidos, acerca de cómo podía describir una perfecta taza de café, respondió con precisión, sin romanticismos: el agua debe ser calentada entre 194 y 203 grados Fahrenheit; después, lanzada a nueve barras de presión, aproximadamente 135 libras por pulgada cuadrada, a través de un cuarto de onza de café finamente molido durante entre veinticinco y treinta segundos, obteniendo exactamente una onza de café expreso.

Un conocedor de café denunciaba horrorizado que en Nueva York con frecuencia se prepara el *expreso* doble disparando dos veces agua sobre la misma carga de café, cuando todo mundo sabe que precisa dos cargas diferentes de café, es decir, dos expresos en la misma taza. Una estimación fina de conocedor sería, por ejemplo, la del agua que se precisa para preparar un buen café. En este caso el contenido preciso del calcio, que en Nueva York es bajo. El agua perfecta, se dice, es la de Nápoles. ☞

ROGER BARTRA

Sinapsis

PASIONES SOCIALES

112

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2011

LA AFIRMACIÓN DE DAVID HUME según la cual la razón es y debe ser la esclava de las pasiones parece inquietante si la sacamos de su contexto. Al observar la lista de pasiones que presenta Hume podemos advertir que muchas de ellas son similares a lo que Antonio Damasio ha llamado “emociones sociales” (*The feeling of what happens*, 1999). Si seguimos la argumentación de Hume sobre el orgullo y la humildad, dos pasiones a las que dedica muchas páginas, no tardaremos en comprobar que se encuentran inscritas en una peculiar relación entre el ego (*self*) y la sociedad que lo rodea. Llega a afirmar que lo que más estimula al orgullo es la propiedad, junto con la riqueza que la acompaña. Para Hume, la propiedad es una especie particular de causación y no duda en sostener que le da *libertad* al propietario: una libertad de actuar como le plazca sobre el objeto poseído o de gozar de las ventajas que extrae de él. Pero lo que me interesa destacar es el hecho de que muchas de las pasiones que Hume llama indirectas (como la vanidad, el odio, la generosidad, la ambición y la piedad, además del orgullo y la humildad) son claramente emociones sociales, aunque sin duda se encuentran vinculadas a las que llama pasiones “directas” y que son producidas por el dolor o el placer, por el mal o el bien. Damasio agrega los celos, el azoro y la culpa, a las que podríamos sumar el remordimiento, la vergüenza, la indignación o el desprecio. Las emociones sociales ocurren en los circuitos híbridos de la conciencia, en las redes que unen el cerebro con el exocerebro.

Podemos comprender que las instituciones sociales no son meras construcciones hechas a partir de impulsos emocionales. En las convenciones establecidas cristalizan correlaciones de fuerza, negociaciones, pactos y una cierta acumulación de razonamientos y deliberaciones. El espacio social no se puede reducir ya sea a las emociones o bien a las razones. En la sociedad hay tradiciones, estructuras, símbolos, mitos, costumbres, riquezas, creencias y sistemas, para solo citar unos pocos ejemplos, que no se pueden reducir ni a las razones ni a las emociones de los individuos. Sin

embargo, la posibilidad de un libre ejercicio de la voluntad cristaliza en decisiones y actos individuales, aunque se encuentran mediados por la sociedad. Aquí habría que tener cuidado en no caer en una trampa: para escapar del determinismo físico podríamos quedar encerrados en un determinismo social.

En la sociedad hay individuos dotados de conciencia, y esta conciencia tiene poderes causales. Estos poderes causales, apoyados desde luego en emociones, impulsan a los individuos a tomar decisiones basadas en la reflexión y en la deliberación. Esta deliberación puede ser, como quería Spinoza, racional. Pero también puede ser irracional, es decir, basada en una serie deliberada de reflexiones que justifican actos que tienen consecuencias que no podemos considerar racionales porque producen daños a la sociedad, a otros individuos y, a veces, a la misma persona que toma las decisiones. Lo que interesa señalar aquí es la existencia de actos voluntarios que no están completamente *determinados* por causas anteriores suficientes, aunque sí se encuentran *influidos* por ellas. Aquí la conciencia en el proceso mismo es causa originaria o, si se quiere, para expresarlo a la manera antigua, es *natura naturans* y no *natura naturata*. Ello implica la coexistencia de indeterminismo con deliberación, algo muy similar al *conatus* de Spinoza. Esta indeterminación no indica un comportamiento sujeto al mero azar. Ello es posible debido a que la conciencia es una articulación entre el cerebro y la sociedad. En esta confluencia ocurre lo que me gusta llamar una singularidad, es decir una situación en la que los humanos pueden realizar actos no determinados pero que no son azarosos. Se trata de un tipo de comportamiento no sujeto al azar en el que no es posible definir una determinación causal. Quiero aclarar que no estoy proponiendo el traslado de las nociones matemáticas y físicas sobre la singularidad al terreno de las funciones conscientes y voluntarias. El libre albedrío no es ni se parece a un agujero negro, esa singularidad gravitacional que estudian los físicos. Lo que quiero indicar, con el uso de la idea de singularidad, es el hecho de que en la articulación entre el cerebro y la sociedad humana se produce una situación artificial que no se puede reducir a las explicaciones causales propias de la biología y la física. La libertad es algo raro en la naturaleza y se encuentra únicamente entre los seres humanos (y acaso en forma muy embrionaria en algunos mamíferos superiores).

Resulta muy atractivo a veces refugiarse en la física para intentar explicar el singular fenómeno del libre albedrío. El filósofo John Searle (*Freedom and neurobiology*, 2004) comprende que la experiencia de la libertad contiene al mismo tiempo indeterminismo y deliberación (o racionalidad). Y cuando busca en la naturaleza alguna forma de indeterminismo, la encuentra en la mecánica cuántica. Su hipótesis es que la conciencia es una manifestación del indeterminismo cuántico. Pero reconoce que ello no es una solución del misterio del libre albedrío: simplemente lo ha trasladado al nivel de la física cuántica. Pero no parece que esta reducción sea capaz de despejar el misterio. ❧

ENRIQUE SERÑA

Aerolitos

EL REPTIL MONSTRUOSO

114

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2011

UNA DE LAS MAYORES VIRTUDES LITERARIAS de Martín Luis Guzmán fue esbozar en unas cuantas pinceladas la compleja personalidad de los jefes revolucionarios, sin anteponer absoluciones o condenas. Pero frente al reto de entrar en el corazón de la masa, Guzmán retrocedió con espanto. El mejor retratista de la literatura mexicana solo vio en las hordas revolucionarias una lamentable degradación de la especie humana, colindante con el reino animal, quizá porque la amorfa cohesión de la muchedumbre le impedía trazar fisonomías individuales. En “Una noche en Culiacán”, un episodio memorable de *El águila y la serpiente*, narró su encuentro con una multitud de soldados borrachos en una oscura calleja de Culiacán, sin disimular la repugnancia que le produjo ese baño de pueblo. Obligado a beber mezcal a pico de botella por un fraternal y pegajoso amigo, Guzmán se siente de pronto engullido por la mole de cuerpos donde la dignidad humana ha quedado abolida:

¡Extraña embriaguez en masa, triste y silenciosa como las tinieblas que la escondían! ¡Embriaguez gregaria y lucifuga, como de termitas felices en su hedor y en su contacto! Chapoteando en el lodo, perdidos en la sombra de la noche y de la conciencia, todos aquellos hombres parecían haber renunciado a su humanidad al juntarse. Formaban algo así como el alma de un reptil monstruoso.

Blandiendo este pasaje como prueba inculpatória, un marxista dogmático podría tachar a Guzmán de enemigo del pueblo, pero quien conciba la literatura como un medio de conocimiento debe agradecerle su honestidad, pues la forma superior de comunicación escrita, es decir, el diálogo inteligente y sincero de persona a persona, solo se produce cuando el autor nada a contracorriente de la opinión general, a riesgo de perder lectores. Confesiones como estas se han vuelto inadmisibles en nuestros tiempos de corrección política, pero en épocas menos hipócritas, cuando un escritor no necesitaba declarar su amor al prójimo para dárseles de humanitario,

incluso los luchadores sociales más aguerridos pintaban su raya frente a la masa embrutecida. En *El luto humano*, José Revueltas puso en boca de un intelectual comunista una reflexión que tal vez hubiera suscrito Martín Luis Guzmán:

La multitud es una suma negativa de los hombres, no llega a cobrar jamás una conciencia superior. Es animal, pero como los propios animales, pura, mejor entonces, pero también peor que el hombre. Soy el contrapunto, el tema análogo y contradictorio. La multitud me rodea en mi soledad, en sus rincones, la multitud pura.

Si Carlos Monsiváis hubiera escrito “Una noche en Culiacán”, seguramente habría narrado el encuentro del intelectual con la multitud hedionda y beoda como una apoteosis fraternal, pues en sus crónicas nos dejó abundantes ejemplos de su fascinación por la masa. Admiré el humor, la curiosidad intelectual, la agudeza crítica de Monsiváis, pero creo que su visión gozosa y paternalista de las multitudes rezuma una falsedad palmaria. En *Apocalipstick*, su última colección de crónicas, hay algunas loas al ser colectivo incompatibles con los sentimientos y hasta con la dignidad humana de los individuos que lo componen.

¿Cómo no admirar la coexistencia de millones de personas —dice Monsiváis— en medio de los desastres en el suministro de agua, en la vivienda, en el transporte, en las posiciones de trabajo, en la seguridad pública?

¿Es admirable una coexistencia dictada por la fatalidad? ¿Tiene algún mérito padecer en silencio tantos desastres o más bien refleja una mansedumbre bovina? Todo chilango desearía tener una coexistencia menos estrecha con sus congéneres, por eso cualquier viajero del metro se compra un coche a la menor oportunidad. Si Monsiváis se hubiera metido en los pensamientos de los pasajeros apeñuscados en un vagón del metro, habría descubierto un conglomerado de individualidades maltrechas y torturadas, pero eso arruinaría el edificante espectáculo de la masa contenta de serlo. En otros momentos, Monsiváis llega a insinuar que un miembro de la masa traiciona a su colectividad y a sí mismo cuando intenta singularizarse:

¿Quién es, ante el espejo de la identidad colectiva, el usuario del metro? Alguien invadido por presiones múltiples, pero ninguna de ellas vinculada con el afán de singularidad. Esta sería su reflexión: si soy igual a todos, no me parezco a nadie.

La singularidad no es un afán, sino un elemento sustancial de la condición humana, que no se pierde en las aglomeraciones. Millones de seres humanos embrutecidos por la droga, la televisión, el internet o el consumismo quieren renunciar a ella, no solo en el metro, sino en las mansiones de las Lomas, pero la tarea de un educador (y todo escritor lo es hasta cierto punto) debería ser incitarlo a recuperarla, mostrarle cómo enriquece la existencia tener gustos o ideas propios, en vez de dar al hombre masificado una palmadita complaciente en la espalda. Para eso basta y sobra con los halagos que le prodigan a diario los políticos demagogos y los locutores de televisión. ❧